

# Lecturas críticas del siglo XXI

---

Camilo Valqui Cachi  
Tomás Bustamente Álvarez  
Johan Sebastián Sánchez Mateos  
Daniel Gatica Polco  
Gil Arturo Ferrer Vicario  
Judith Solís Téllez  
Iliana Olmedo Muñoz  
Oralia Ramírez Cruz  
Silvia G. Alarcón Sánchez  
Juventina Salgado Román  
Ma. De los Ángeles Silvina  
Manzano Añorve



# LECTURAS CRÍTICAS DEL SIGLO XXI

# LECTURAS CRÍTICAS DEL SIGLO XXI

Camilo Valqui Cachi  
Tomás Bustamante Álvarez  
Johan Sebastián Sánchez Mateos  
Daniel Gatica Polco  
Gil Arturo Ferrer Vicario  
Judith Solís Téllez  
Iliana Olmedo Muñoz  
Oralia Ramírez Cruz  
Silvia G. Alarcón Sánchez  
Juventina Salgado Román  
María de los Ángeles Silvina Manzano Añorve





Primera edición: mayo 2020

ISBN UAGRO: 978-607-9440-97-8

ISBN EÓN: 978-607-8732-19-7

© Universidad Autónoma de Guerrero  
Av. Javier Méndez Aponte núm. 1,  
Col. Servidor Agrario, Chilpancingo,  
Guerrero, C.P. 39070

© Ediciones y Gráficos Eón, S.A. de C.V.  
Av. México-Coyoacán núm. 421  
Col. Xoco, alcaldía Benito Juárez  
México, Ciudad de México, C.P. 03330  
Tels.: 56 04 12 04, 56 88 91 12  
<administracion@edicioneon.com.mx>  
<www.edicioneon.com.mx>

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización  
escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

# ÍNDICE

Karl Marx. Teoría y práctica de la epistemología crítica del capitalismo del siglo XXI . . . . .	0
<i>Camilo Valqui Cachi</i>	
Ambientalizar el estudio y la enseñanza de la historia . . . . .	0
<i>Tomás Bustamante Álvarez</i>	
El concepto de modernidad, como estrategia de cambio y poderío en México: del poder conservador al poder de la burguesía . . . . .	0
<i>Johan Sebastián Sánchez Mateos</i>	
Violencia y crimen organizado en el estado de Guerrero. . . . .	0
<i>Daniel Gatica Polco</i>	
La alternativa autonómica en la Montaña y Costa Chica de Guerrero. . . . .	0
<i>Gil Arturo Ferrer Vicario</i>	
Relaciones interétnicas e identificaciones en San Nicolás de Tolentino y Cuajinicuilapa Guerrero, dos poblaciones afromexicanas, guerrerenses . . . . .	0
<i>Judith Solís Téllez</i>	

Identidad femenina y escritura: periodistas en la Guerra Civil	
Española .....	0
<i>Iliana Olmedo Muñoz</i>	
De cómo nos simboliza lo literario .....	0
<i>Oralia Ramírez Cruz</i>	
Infancia violentada: Pacheco y Vallejo .....	0
<i>Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez</i>	
Valores y espiritualidad .....	0
<i>Juventina Salgado Román</i>	
<i>Ma. de los Ángeles Silvina Manzano Añorve</i>	
Sobre Autores .....	0

## VALORES Y ESPIRITUALIDAD

*Juventina Salgado Román  
Ma. De los Ángeles Silvina Manzano Añorve*

**E**l exacerbado afán por la riqueza material, fundamentalmente de los países y grupos dominantes, nos está obligando a establecer relaciones competitivas, mezquinas e individualistas, no sólo con las demás personas, sino también con el medio ambiente y con cualquier forma de vida. Este pensamiento encuentra sus fundamentos filosóficos en un paradigma mecanicista, reduccionista y fragmentado, el cual se halla en crisis y empieza a agotarse. Sin embargo, todavía continúa considerando sólo las dimensiones externas del ser humano y del universo, dejando de lado las experiencias internas de vida, por ejemplo, la conciencia, la espiritualidad, las emociones; todas aquellas que nos ayudan a dar significado a las cosas, al asombro de los hechos aparentemente triviales, dimensiones que nos posibilitan valorar las relaciones intra e interpersonales. Si hemos desarrollado alta capacidad de destrucción, también podemos desarrollarla para construir y reorientar nuestras vidas, a partir de una visión y percepción radicalmente distinta del mundo.

El hombre con la modernidad se erigió en dueño y señor de todo, considerándose el centro del universo; en aras de acabar con el dogma religioso relegó lo sacro. Hoy vivimos con un estado de conciencia cuyo dominio posee la racionalidad instrumental, que ha colonizado nuestra percepción, nuestro mundo interior. Tal



racionalidad se ha privilegiado desde el siglo XVII, con la Revolución Industrial y con la filosofía mecanicista, y en cierta forma ha controlado espacios correspondientes a la subjetividad, aquellos cuya finalidad es el sentido de la existencia.

Una expresión de la colonización del mundo de vida por la racionalidad instrumental, sucede en el campo de la ciencia. Ésta ha degenerado en un reduccionismo cientificista, dedicándose sólo al aspecto externo del universo; a los aspectos mensurables y cuantificables de la realidad. Así el mundo de las preguntas fundamentales quedó excluido de la ciencia, pues la conciencia y todas las experiencias de la subjetividad son inmensurables, por lo tanto, no es útil para la racionalidad instrumental. Este reduccionismo en que cayó la ciencia trajo consigo desafortunadas consecuencias para la vida humana, al poner en riesgo la existencia de todas las formas de vida y al planeta entero.

El deterioro y desequilibrio de los ecosistemas y la degradación del medio ambiente, son consecuencias de la relación de control que establecemos con la naturaleza, a partir de valores utilitaristas, individualistas y de fragmentación legados por el paradigma mecanicista y reduccionista, cuyos atributos los hemos llevado a su máxima expresión. Por primera vez la humanidad ha de enfrentarse a la posibilidad de extinguirse de la faz de la tierra, junto con la vida animal y vegetal. Hemos llegado a un punto en el cual no tenemos alternativa, y es necesario considerar al universo como una totalidad, al planeta como un ser vivo y a todas las formas de vida interconectadas. Es impostergable, pues necesitamos una conciencia capaz de trascender las diferencias superficiales, centrada más en lo que nos unifica y no en lo que nos separa.

El desfase entre la racionalidad cuyas finalidades son técnicas, prácticas y útiles y aquella racionalidad de la conciencia, cuyo propósito fundamental es darle sentido a la vida, se acentúa bastante. La razón es importante como herramienta para discernir y significar la existencia en comunión con los demás y con el medio ambiente; asumida de ese modo, desempeña un papel crucial en el desarrollo de la conciencia humana, pues no implica la ocupación de campos del conocimiento que no le corresponden. En buena

medida ese ha sido el problema del pensamiento occidental: pretender explicar todo a partir de la razón y al mismo tiempo reducirla a una práctica instrumental.

La modernización, con el avance de la ciencia y tecnología, es importante y necesaria para el servicio de los seres humanos; el problema es que se halla en desfase con el desarrollo de la conciencia y, en muchos casos, sirve para acabar y degradar la vida humana y del resto de las especies. Las relaciones de armonía con la naturaleza, han sido desplazadas por las de dominación. Hoy nos encontramos ante una situación ambiental, social y planetaria insostenible, en lugar de procurar condiciones sustentables del medio ambiente y de la vida en sí.

La modernidad sigue su marcha aceleradamente, los actores observamos nuestra propia obra, entre maravillados y asustados, sin saber qué hacer, y mecánicamente vamos tras ella, en medio de la incertidumbre parece no detenerse. En ese escenario somos los protagonistas compitiendo por los mejores papeles, sin dimensionar los daños que nos causamos entre nosotros y a las demás especies. Desafortunadamente en esta carrera desenfundada y desquiciada estamos todos, pero en condiciones terriblemente desiguales y evidentemente los más afectados son los grupos económica y socialmente vulnerables. Esto pasa con los países pobres, en relación con aquellos poseedores de un alto desarrollo económico, donde se privilegia la producción económica por encima de otros campos de la vida humana. Por ejemplo, el gasto mundial en armas es bastante elevado, mientras se reduce para la educación, millones de personas mueren de hambre y otras sufren enfermedades por desnutrición.

El deterioro del medio ambiente ha generado las llamadas “enfermedades de la civilización” (Capra, 1998: 24); el deterioro del entorno social ha ocasionado severas depresiones, esquizofrenia y trastornos mentales. Aumento de crímenes, alcoholismo y drogadicción; incremento de suicidios en los jóvenes de manera espectacular, al punto de alcanzar el rango de epidemias. Un comportamiento basado sólo en la competitividad hace nuestras vidas difíciles, pues sin excepción de raza, color, cultura, credo, religión;



ricos, pobres, blancos, negros, tenemos necesidad de apoyo moral, comprensión, calidez humana, afecto, esparcimiento y reposo; asuntos humanos que la visión fragmentada y mecanicista del universo no considera

Una de las mayores problemáticas que aquejan a la humanidad, es la ausencia de valores genuinos y esenciales para sustentar una vida más equilibrada y armónica. Si bien los valores son un tema presente en la mesa de discusión de los distintos espacios académicos de diferentes instituciones educativas, regularmente son reflexionados por los valores mismos. De esa manera el pensamiento se sigue moviendo a nivel del efecto, es decir, sobre la misma planta del edificio: sólo se mueven los muebles, pero no suben al siguiente piso. En ese sentido se plantean los valores, sin develar que el origen de su naturaleza se encuentra en una percepción distorsionada de la realidad.

Los valores algunas veces se entienden como las características morales de cualquier persona, como la humildad, la piedad y el respeto; no obstante, si los reducimos a la dimensión moral, necesitaríamos definir qué entendemos por moral y no es ese el objetivo de este artículo. También se entiende como una cualidad conferida a las cosas, hechos o personas, una estimación ya sea positiva o negativa; el problema con esta definición es qué o quienes determinan su carácter de bueno o malo, porque si se entiende de esa manera, es bastante ambiguo.

Para la axiología, es una cualidad que permite ponderar el valor ético o estético de las cosas, de este modo se estiman en sentido positivo o negativo; el planteamiento anterior incluye la cualidad de los hechos y personas. En este caso, además del sentido excesivamente reduccionista, se pretende definir el valor por el valor mismo, donde pareciera que es una cualidad inherente a las cosas. En este artículo los valores se entenderán en un sentido integral.

La axiología como la disciplina encargada de su estudio, es un campo en construcción relativamente nuevo; como disciplina nace en la segunda mitad del siglo XIX, aunque tiene remotos antecedentes, como lo señala Platón, quien emplea el valor y ser como sinónimos. En *La República*, éste afirma que el Bien es el máximo

valor, es decir, aquello a lo cual aspira todo ser humano. Lo define como el principio máximo del orden social (en la realidad), como el máximo ideal de modelo que cualquier hombre debe perseguir si aspira a la perfección social.

En nuestras sociedades modernas existe una enorme preocupación por reflexionar, replantear y atender las prácticas que van en contra de la misma existencia. La muestra más contundente de la crisis de valores, económicas, políticas, sociales y medio ambientalistas es que el mismo ser humano ha puesto en peligro su supervivencia (Fabelo, 2007). La modernidad presenta paradojas como las siguientes: mientras la economía y la tecnología avanzan, mayor es la polarización de las clases sociales. La ciencia, tecnología y economía crecen y la humanidad vive los más grandes peligros como nunca antes en la historia, generados no por factores externos a las prácticas humanas, sino como consecuencia de éstas.

La naturaleza de los valores como señala Fabelo Corzo (2007) ha tenido históricamente varias respuestas, tales posiciones son la naturalista, objetivista, subjetivista y sociologista. La primera ha sido la posición de más larga duración en la historia y encontró en Demócrito (460-370 a.C.) a su clásico representante. Según él, el bien, lo útil y lo bello es lo correspondiente con la naturaleza; en consecuencia lo antinatural se encuentra en el mal, lo perjudicial y lo horrible, es decir, la antítesis de lo que es un valor. Si los valores son resultado de leyes naturales, entonces lo que vale o lo valioso es lo natural y lo antinatural no es valioso, por tanto no es un valor. Demócrito se ve en la necesidad de precisar que lo agradable o el deleite para ser valores deben corresponderse con lo moral, lo bello o lo justo. Sin esta acotación se podría caer en cierto relativismo, pues los seres humanos experimentamos diferente situaciones y objetos iguales; algunos podrían incluso deleitarse ante una injusticia o un acto inmoral, por eso no todo deleite o todo lo agradable puede ser un valor.

Esta concepción fue retomada y ampliamente impulsada el Renacimiento, con la fe depositada en la razón. Los principales exponentes de esta concepción fueron la Ilustración y en especial



el materialismo francés del siglo XVIII. Se asume al género humano como una parte de la misma naturaleza. Los genuinos valores e intereses humanos coinciden con las leyes de la naturaleza. Cuando las acciones no corresponden con ésta, significa que hay ignorancia (Fabelo, 2007) de lo que realmente es valioso, y existe un desconocimiento de lo mejor. A partir del autoconocimiento se puede acceder no sólo al bien personal, sino fundamentalmente al bien general.

La Ilustración tiene como propósito terminar con los problemas sociales. Juan Jacobo Rousseau (1979: 15) como exponente de la Ilustración planteó que el establecimiento de un contrato social garantizaría la práctica de valores asociados a los intereses naturales de los seres humanos, esto se resume en “la enajenación total de cada asociado con todos sus derechos hecha a favor del común” y Rousseau continúa diciendo más adelante: “En fin, dándose cada cual a todos, no se da a nadie en particular... Cada uno de nosotros pone en común su persona y todo su poder bajo la suprema dirección de la voluntad general, recibiendo también a cada miembro como parte indivisible del todo”.

A diferencia de la concepción naturalista de la Ilustración, Immanuel Kant (Fabelo, 2007) consideraba a los seres humanos en esencia egoístas, pues mientras practiquen sus intereses naturales serán incapaces de tener conductas valiosas. Como se puede observar, esta es una postura totalmente opuesta al naturalismo. Mientras para éste los valores son acordes con la naturaleza, para Kant son antinaturales; se torna necesario entonces pasar por los propios intereses para asumir conductas morales. Así Kant concibió la dualidad del mundo de la realidad y el mundo del valor, precedente que sirvió a la concepción objetivista de los valores (Fabelo, 2007). Con esta visión las ciencias naturales son relegadas junto con sus relaciones de causalidad. Según los neokantianos, a las ciencias naturales se debe dejarles todo lo referente a relaciones de causa y efecto; los valores todos corresponden a una dimensión de lo que debe ser, de lo trascendente, de lo universal; a diferencia del mundo empírico y cambiante, los valores están revestidos por una naturaleza de unidad y objetividad.

En resumen, esta vertiente los asume como “dados de una vez y para siempre, eternos, inmutables, ordenados en cierta jerarquía también inamovible” (Fabelo, 2007: 27). Asumidos con esta concepción, si un valor prácticamente se realiza o no, es irrelevante, porque pese a su incumplimiento continúa siendo valor como belleza, verdad o bondad.

A diferencia del objetivismo, la concepción subjetivista sugiere que el origen de los valores se encuentra en la subjetividad, es decir, en aquellos espacios de la experiencia subjetiva. El problema de esta concepción es que estas experiencias de la realidad varían de sujeto a sujeto; los gustos, las preferencias, las emociones, intereses y los sentimientos varían. Si todo vale, entonces corremos el riesgo de caer en un pluralismo relativista, donde todos los puntos de vista, todas las opiniones y juicios tienen el mismo valor. Así cualquier acción sería moral.

Más tarde con Emile Durkheim, Lucien Lévy-Bruhl y Celestin Bouglé (Fabelo, 2007) nace la concepción sociologista de los valores. Esta vertiente afirma que valioso es lo que la sociedad asume así. En consecuencia los valores resultan y suponen acuerdos de la mayoría, pues recrean mediante tradiciones, costumbres y modos de vida. Asumidos como parte de la cultura de un grupo social, se encuentran presentes como normas, preceptos, comportamientos, gustos, preferencias, estilos de vida, los cuales se transmiten de generación en generación a través de la educación o a través de los diferentes procesos de aprendizaje tanto formal como informal (Salgado, 2007), que finalmente configuran su identidad cultural.

Según este planteamiento, los individuos al nacer encuentran ya una tabla de valores que asumen como dados, como si se les impusiera y no hubiese manera de cambiar, como un deber ser. Este es un punto de convergencia con la visión objetivista. Sin embargo, este *deber ser* está vinculado a la necesidad de pertenencia e identificación con su cultura. La diferencia con la visión objetivista es que para el sociologismo la realización práctica de los valores sí cuenta como parte de un acuerdo mayoritario de un grupo o una sociedad; otra diferencia es que mientras para el objetivismo son inmutables, para el sociologismo cambian según



las necesidades y preferencias de la mayoría; aunque pareciera que en ambas concepciones los valores son dados de una vez y para siempre.

Estas cuatro concepciones de los valores son parciales y no atienden a su naturaleza de manera integral. El naturalismo se aboca solamente al vínculo natural con los objetos y las necesidades humanas. Eso puede ser correcto pero insuficiente, pues la naturaleza por sí misma no representa un conjunto de valores. Es la actividad humana que atribuye significado a las cosas; por tanto, para que algo sea valioso desde lo más sencillo a lo más complejo, requiere ser calificado como tal por las personas. Además hay necesidades humanas con un carácter fundamentalmente social, como la política, la ciencia o cualquier otra práctica que nos permite relacionarnos con el entorno. Así pues, los valores no se pueden reducir a la relación hombre-naturaleza; aunque ésta es importante, hay otros vínculos, necesidades y prácticas generadores de aquello que puede llamarse *valioso*.

En cuanto a la visión objetivista, el problema es que coloca la naturaleza de los valores únicamente en una dimensión trascendente, sin tomar en cuenta la participación humana. Al mismo tiempo esta es una virtud porque sienta las bases de lo que podríamos llamar valores universales y una moral más allá de las diferencias entre los sujetos; de esta manera, es también una contraposición con el pluralismo relativista, en el cual pareciera que todo tiene el mismo valor, pues la naturaleza de los valores para esta concepción se encuentra en la subjetividad, tan amplia como tantas opiniones, puntos de vista o juicios haya. Sin embargo, el objetivismo tiene también sus limitaciones al no vincular los valores con una base concreta de la vida humana, con sus transformaciones y dinámicas; olvida también las diferencias entre las culturas de los distintos grupos sociales. En resumen, el problema más grande de esta visión es la invariabilidad de los valores, establecidos y determinados para siempre, independientemente de la acción humana.

El subjetivismo en cambio, vincula a los valores directamente con las necesidades e intereses de los sujetos, este es un punto positivo, como dice Fabelo Corzo (2007: 32): “En realidad, no

tiene sentido hablar de valores si éstos no se vinculan con la vida humana”. La relación entre la acción humana y los valores cobra sentido en este orden y no al revés. Son los sujetos sociales quienes generan sus valores a través de los diferentes procesos en los cuales construyen y recrean nuevas necesidades, intereses y significado de sus realidades. Si bien esto es verdad, esta concepción también cae en cierto reduccionismo. Si lo valioso depende de gustos, preferencias, intereses, juicios y hasta de la cultura de pertenencia, entonces todo se torna relativo y pluralista, pues cualquiera tiene razón, cada uno tiene su verdad y lo considera valioso. Este es el problema fundamental del subjetivismo.

En respuesta a las limitaciones de estas concepciones nace la propuesta sociologista, la cual plantea a los valores como resultado de las consideraciones mayoritarias de una sociedad. Así cada cultura tiene su propia tabla de valores determinados por la mayoría. Coincide con el subjetivismo en cuanto al problema fundamental: sujetar los valores a la opinión de la mayoría nos llevaría a la consideración de que eso sería suficiente para que los valores de las diferentes culturas valieran exactamente igual, aun cuando sus prácticas generen violencia, desorden, desequilibrio y desarmonía. Es claro que ni todo es valioso, ni todas las prácticas se justifican simplemente porque son de la mayoría.

Ha habido varios intentos por resolver las limitaciones y contradicciones de las cuatro concepciones de los valores, pero ninguna las asume de manera integral. Incluso planteados desde la perspectiva de las diferentes disciplinas resultan limitadas, al considerárseles dentro de su propio campo. Así, por ejemplo, para la economía, se torna simple valor económico, mientras que para la psicología y la pedagogía el valor está centrado en el mundo de la subjetividad. Para la primera los valores son desde la subjetividad social o individual; la segunda se preocupa fundamentalmente por la formación de la conciencia valorativa.

Para la sociología, los valores están relacionados con las fuerzas impulsoras del funcionamiento de la sociedad a la intencionalidad de los comportamientos sociales, de comunidades o sujetos específicos. Los valores para la sociología son objeto de estudio



cuando son constituyentes de la conciencia. Para el Derecho el valor es aquello apegado a la ley y evidentemente normado como institución. La política entiende como valor aquello que posibilita el poder, aunque axiológicamente no sea un valor. Hacemos referencia al sentido distorsionado de la política, porque si nos referimos a una política integral, entonces el valor significaría aquello de utilidad al bien común. Está claro que cada disciplina aborda los valores desde su propio campo, el cual pudiera ser correcto, pero insuficiente.

Como señala Fabelo Corzo (2007), hasta ahora existe un uso indiscriminado del concepto *valor* debido a una inadecuada teoría axiológica. El problema existe cuando una acepción particular del valor se erige en filosófica, o bien se retoman diferentes contenidos de lo que se considera valor y se pretende “integración”, lo cual más bien es “montonismo”, porque no se trascienden e incluyen a partir de los elementos mejores y comunes de las diferentes concepciones.

Afortunadamente está emergiendo una nueva visión integral que contempla las diferentes dimensiones de los distintos niveles de totalidad. Una visión con fundamentos filosóficos que consideran la unidad y la interconexión del individuo, de la comunidad, la sociedad, el planeta y el cosmos. Esta visión en realidad no es del todo nueva; los filósofos griegos, como Platón y Sócrates, por ejemplo, ya planteaban la necesidad de explorar las dimensiones interiores a través del autoconocimiento. De lo que se trata es de integrar la ciencia occidental con la antigua sabiduría de oriente, para hacernos conscientes de nuestra naturaleza divina y de lo que realmente somos. En este marco, los valores son planteados desde una perspectiva integral, dejando de ser abordados por sí mismos, para ser tratados desde dimensiones interiores como la espiritualidad y la conciencia, en integración con las dimensiones externas.

Si bien los buenos juicios morales son importantes, lo verdaderamente trascendente es pasar a la acción. La espiritualidad es la que nos permite actuar en función del bien común más allá del personal, pues posibilita el despliegue de una conciencia trans-

personal y cosmocéntrica. El desarrollo moral está bien, pero no es suficiente, pues con él nos quedamos sólo a un nivel cognitivo o de teoría, mientras que la espiritualidad supone un elevado nivel de conciencia para actuar correctamente; de este modo, el buen juicio moral encuentra su correspondiente en la práctica.

Más allá de dimensiones cognitivas, la puesta en acción de los valores se relaciona directamente con la naturaleza divina de las personas, con lo que esencialmente somos. Como sostiene Abraham Maslow (2001), los seres humanos somos esencialmente buenos y es más importante usar esa naturaleza como principio rector de nuestra vida, para vivir de modo feliz, provechoso y saludable. Plantea que se debe investigar cómo es realmente el ser humano en su interior como parte de la especie humana y en cuanto individuo particular, porque entre más lo conozcamos respecto a sus tendencias naturales, más fácil será decirle cómo ser buena persona, cómo amarse y respetarse a sí mismo y cómo desplegar sus más altas potencialidades. Propone un desarrollo integral y la autorrealización del ser humano: “[...] Quizá podamos utilizar pronto como principio rector y modelo al ser humano desarrollándose íntegramente y autorrealizándose, aquél en quien todo alcanza un estadio de pleno desarrollo, cuya naturaleza interior se manifiesta libremente, en vez de resultar doblegada, oprimida o negada” (Maslow, 2001: 27).

Maslow (2001) puntualiza la importancia de que el ser humano sea motivado por el desarrollo para generar valores de orden superior, entendiendo desarrollo como un conjunto de diversos procesos que conducen al hombre a la autorrealización definitiva; esto significa que este periodo abarca toda la vida. El desarrollo lo plantea no únicamente como satisfacción progresiva de necesidades básicas, hasta conseguir su satisfacción; también lo considera como motivaciones específicas de desarrollo más allá de las necesidades básicas y jerárquicamente por encima de éstas. En este sentido, sostiene que mientras la persona motivada por deficiencias o carencias depende más del entorno, la motivada por el desarrollo no depende de otros, es más individual e independiente. La capacidad de moverse en el mundo, en lugar de centrarse en



la conciencia y en una motivación más gratificante, es más difícil para quien tiene todavía varias necesidades insatisfechas. Su atención está puesta en sus insatisfacciones y se relaciona de manera negativa, celosa, egoísta y dependiente; en consecuencia, genera valores de orden inferior en tanto no satisfaga sus necesidades básicas y esté motivada por el desarrollo, en cuyo caso dejaría de ser posesivo y sería amante del ser, recibéndolo y disfrutándolo con agrado en la conciencia, recreándose en él como un fin en sí mismo, no como medio, viviéndolo como experiencia estética o mística. Más adelante, Maslow continúa diciendo:

Los amantes del ser son más independientes el uno del otro, más autónomos, menos celosos o temerosos, menos necesitados, más individuales, más desinteresados, pero al mismo tiempo más ansiosos por ayudar al otro hacia su autorrealización, más orgullosos de los triunfos del otro, más altruistas, generosos y alentadores (2001: 71).

En general, una persona que ha satisfecho sus necesidades básicas, puede avanzar hacia el desarrollo, y por ende generar valores superiores. Por ejemplo, una vez satisfecha la necesidad alimenticia y la de seguridad, es posible acceder a un nivel de desarrollo donde se despliegan el amor y la creatividad.

Sin embargo, Maslow plantea que si bien el ser humano tiende por naturaleza hacia el desarrollo, porque comparte intrínsecamente valores esenciales que lo hacen ser buena persona y desplegar lo mejor de sí mismo, en cualidades como el amor, la seguridad, la confianza, etc.; también tiende al miedo, al egoísmo, a la perversidad. El ser humano oculta también la tendencia del miedo a su propia grandeza. La mayoría de las religiones en la historia de la humanidad, han fomentado más la ignorancia que el conocimiento y quienes osaban descubrir verdades o conocimientos fueron severamente castigados. Este dilema entre lo profano y lo sacro, ha sido y es el conflicto humano fundamental de lo que esencialmente somos; de ahí la tendencia ambivalente de buscar el conocimiento y al mismo tiempo el miedo a él. Al conocimiento le corresponde una acción, por eso es que el primero permite

actuar de manera plena y completa, sin conflicto alguno; de ahí la importancia de privilegiarlo y motivarlo. La persona motivada por el desarrollo posee mayor capacidad de discernir entre lo bueno o malo, correcto o incorrecto, actuando en consecuencia de manera espontánea y fluida. Para Maslow conocimiento y acción se corresponden incluso como sinónimos.

Aunque hay necesidades básicas comunes a todas las personas y por tanto valores compartidos, hay valores diferentes para distintos grupos sociales o personas. Las necesidades de cierto grupo cultural generan también diferentes valores. Por otra parte hay una jerarquía o prioridad entre los valores o necesidades, por ejemplo, la necesidad de alimentación es más importante o prioritaria que el amor, y esto es así para todos los seres humanos, pero más allá de esta jerarquía compartida, cada persona o grupo social establece su propio ordenamiento jerárquico según sus necesidades y su cultura.

Esta idea expuesta por Maslow (2001), bien puede ser articulada con el planteamiento de Ken Wilber en el sentido de que los valores tienen una jerarquía. De modo, no todos los juicios tienen el mismo valor, a riesgo de caer en el pluralismo relativista. Sin embargo, el primero se refiere a la prioridad de las necesidades básicas que relegan a los valores superiores y el segundo a los juicios de valor respecto a lo correcto e incorrecto. Maslow (2001: 194) dice:

[...] Estas necesidades *básicas* o valores básicos pueden ser tratados, por consiguiente, ya como fines en sí mismos, ya como estadios sucesivos hacia un objetivo final único. Es cierto que existe una finalidad o valor final único de la vida y también es cierto que existe un sistema jerárquico evolutivo de valores inter-relacionados según pautas muy complejas (2001: 71).

Maslow (2001) sostiene que el ser humano siempre está buscando un objetivo final como valor supremo. En ese proceso, con frecuencia accede a experiencias cumbres, aunque algunas veces sean sólo pequeños vislumbres de lo que él llama "esta-



dos transitorios del ser absoluto". Esto para Maslow (2001) es un valor con el cual las personas contamos de manera natural, pues todos tendemos hacia la evolución y perfección de un ser más pleno. Dicho en términos de Ken Wilber, los seres humanos tendemos hacia la evolución de conciencia, la cual supone mayor despliegue de la naturaleza divina y, en consecuencia, de valores transpersonales orientados al bienestar común, valores de armonía con todos y con todo.

Los seres humanos autorrealizados cuentan con una mayor capacidad de amar, mayor seguridad y confianza en su individualidad; son más independientes, aman desinteresadamente, poseen mayor capacidad de integración. En conclusión y desde una perspectiva espiritual, podemos afirmar que tienen un alto nivel de conciencia, mayor capacidad de ser felices a pesar de las circunstancias, no por las circunstancias.

Las personas plenas o autorrealizadas tienden a obrar de manera correcta, pues no sólo procuran lo bueno para ellas, sino también para los demás. Espontáneamente experimentan la necesidad de actuar bien, desean hacer el bien y lo disfrutan, viven en unidad e interrelación; en el caso contrario, se degenera en disociación y conflicto interno y el placer por lo que se hace, se desvirtúa. Las personas íntegras encuentran estrecha relación entre la verdad, la bondad y la belleza, entendiéndolos como campos diferentes de una misma totalidad, a los cuales se accede por vías distintas.

Siguiendo en la misma línea de Maslow (2001), los valores de autorrealización existen ya como potencialidades en los seres humanos, quienes cuentan con la capacidad de *ser*, pero que al mismo tiempo *son*. Maslow afirma que son reales, existen objetivamente, cuando se concretan en prácticas sólo se actualizan como aquello que ya es en potencia. De dicha manera, las personas somos al mismo tiempo lo que ya se es y lo que se anhela llegar a ser. El hombre contiene en su naturaleza la tendencia de llegar a ser más pleno, dispuesto siempre hacia la perfección; es como la oruga que se convertirá en mariposa, la tendencia es siempre hacia la evolución no hacia la involución. El entorno o medio am-

biente sólo le ayuda a desplegar las potencialidades que ya posee naturalmente. Evidentemente esto no se contrapone con la idea de que la cultura y la familia contribuyen a realizar estos potenciales y capacidades, sin los cuales no sería posible concretar lo que se es.

Maslow (2001) concluye lo siguiente: el autoconocimiento es el instrumento más importante, aunque no el único; se infiere que ello implica el conocimiento de los demás y del mundo. Asimismo señala que en este proceso juegan un papel importante no sólo los terapeutas, sino también la educación y la familia. Independientemente del camino a elegir por cada uno, es crucial entender que los valores suponen no sólo la autorrealización, sino también y fundamentalmente el bienestar común, lo cual significa la realización del *ser*.

Al considerar los planteamientos anteriores, asumimos valores como las “prácticas que posibilitan la armonía y el bienestar común, no sólo entre los seres humanos, sino también para cualquier forma de vida y todas las cosas. Esto nos permite desplegar un sentido de totalidad y síntesis con el universo.” Esta idea trasciende el autoconocimiento, y nos lleva no al conocimiento de los otros, pues supone ya dicho conocimiento: cuando me conozco, conozco a los otros, al mundo, al universo, “pues la experiencia de estar conectado con toda la naturaleza y de pertenecer al universo, es la esencia misma de la espiritualidad” (Capra, 2007: 15).

Cualquiera que sea la experiencia para evolucionar, el camino para el despliegue de valores esenciales y trascendentes que posibiliten el bienestar común es la espiritualidad; ésta a su vez supone un elevado nivel de conciencia. John White (2000) sugiere que hay muchas vías para entrar al más elevado nivel de conciencia; algunas ya han sido descubiertas, otras desarrolladas.

Definir la espiritualidad es complicado, por su misma naturaleza y complejidad, a riesgo de caer en cierto reduccionismo y olvidar que ha estado presente en los distintos momentos de la humanidad, como el anhelo de lo trascendente. Teóricamente, igual que la axiología, en la actualidad es un campo en construcción. Sin embargo, empezaremos por la connotación más sencilla de espíritu, la cual equivale a aliento o respiración y la espirituali-



dad, por tanto, sería la expresión que hacemos del espíritu. Fritjof Capra (2007) también considera al espíritu como el aliento de vida y agrega que los momentos espirituales experimentados son los más intensos o vivos, y en ellos somos más conscientes de lo que nos rodea, pues dicha experiencia es punto de partida hacia la totalidad.

La espiritualidad no se trata de un conjunto de creencias dogmáticas o religiosas. Independientemente de que crea en la existencia de los ángeles, en el cielo y el infierno después de la muerte, en la existencia de otras vidas después de la muerte, en la reencarnación, en Buda, en Cristo, en lo que sea, puedo desplegar espiritualidad o no, eso no depende de mis creencias. Aunque una genuina espiritualidad sí puede degenerar en dogma.

Desafortunadamente y en el sentido más exacerbado, muchas veces se asocia espiritualidad con la iglesia. Aunque pueden tener alguna relación, la una no implica a la otra. La segunda puede ser el medio que facilite el desarrollo espiritual, pero no necesariamente. Incluso en muchas ocasiones la iglesia ha sido instrumento de colonización y dominación, distorsionando su sentido genuino y convirtiéndose en dogma. De esta forma, espiritualidad e iglesia no son equivalentes. También es preciso decir que aunque regularmente existe un uso indistinto entre iglesia y religión, no es lo mismo; la primera está más ligada a creencias y la segunda a una connotación integral, pues en su significado original quiere decir *re-ligar*, reunir, reconectar. Aunque tampoco son equivalentes, tienen un sentido que las aproxima más.

La espiritualidad también se ha asociado equivocadamente con fenómenos paranormales, y se piensa que al pasar por ese tipo de experiencias, las personas adquieren mayor desarrollo espiritual. Sin embargo, esta dimensión no supone estos eventos; en algunos casos incluso podrían contraponerse. Tampoco se trata de categorías psicológicas: éstas pueden existir independientemente de la espiritualidad o viceversa.

El desarrollo humano es otro de los factores con los cuales se confunde a la espiritualidad. Aunque la preocupación por éste se ha extendido ampliamente en las sociedades modernas, dista

mucho de competerle a la dimensión espiritual; en algunos casos podríamos decir incluso que es una línea antepuesta a la espiritual. Su preocupación fundamental estriba en el desarrollo personal, en posibilitar el desarrollo de distintas potencialidades, pero fundamentalmente de naturaleza humana, no espiritual; es en ese sentido que tal desarrollo puede tornarse patológico, por ejemplo, cuando se busca desarrollar potencialidades y su aplicación está orientada sólo al beneficio propio, aun cuando sea en perjuicio ajeno, del medio ambiente o de otra vida.

La espiritualidad no depende tampoco del tiempo o del conocimiento. No significa que ha mayor edad le corresponde mayor nivel de espiritualidad o que entre más conocimiento se es más espiritual. Si bien hay una tendencia hacia la evolución y en este sentido el tiempo está implícitamente presente, no es una condición para experiencias espirituales, porque si así fuera hablaríamos de un desarrollo lineal y hoy más que pobreza tendríamos riqueza espiritual. En cuanto al conocimiento, si bien es importante como dimensión cognitiva para brindarnos la capacidad de discernimiento, no supone espiritualidad. Una cosa es el conocimiento a ese nivel y otra su puesta en práctica.

En las diferentes épocas de la historia de la humanidad han existido diferentes grupos sociales, de distintas razas, religión, lengua, con sus correspondientes costumbres, estilos de vida, cultura. Pero ninguna de estas cualidades determina su espiritualidad; ésta puede desarrollarse independientemente de cualquiera de estas características. La espiritualidad no depende del grado de memoria que se tenga o el pensamiento. Tampoco de la riqueza o pobreza material; no puede medirse por el nivel socioeconómico, por el status o por la clase social, ni está basada en la autoridad.

¿Qué es entonces la espiritualidad? Experiencia inmediata y directa con el Todo; paz, salud, bienestar. Todo lo que despliega y nutre lo mejor del ser humano; experiencia vivencial e internamente; es parte de nuestra naturaleza esencial, por ello posibilita el desarrollo de la conciencia para encontrar un sentido profundo y estético; así como la capacidad de ser feliz a pesar de las circunstancias, no por ellas. Espiritualidad es aquello que



nos hace ser mejores personas, y al mismo tiempo nos permite una apertura para reconocer la sombra para trascenderla, no para nutrirla. Como dice Stanislav Grof (2003), la verdadera espiritualidad se relaciona con una profunda toma de conciencia, de la unidad con todos y todo, que supone trascender raza, cultura o la pertenencia a una iglesia.

Como un asunto práctico supone el estado de síntesis y de unidad con uno mismo, con los otros y con el todo, como el arte de sublimación y reconciliación de las energías primordiales y el consecuente desapego de las formas defensivas y reactivas del yo. Desafortunadamente la connotación históricamente atribuida a la espiritualidad se ha distorsionado de su significado genuino. Muchas veces se le atribuye un carácter de dogma o como un conjunto de creencias. Sin embargo, la espiritualidad es laica y, entendida en su mejor sentido, nos conduce a mayor sensibilidad estética, a la capacidad de asombro, a tornar extraordinarios los eventos cotidianos de la vida, a mayor capacidad de amar, de compasión, de perdón, de reconocernos en la mirada del otro, en toda forma de vida. La espiritualidad, aunque es experiencia personal y directa, no es experiencia de aislamiento, de disociación, sino de totalidad, experiencia de ser uno con el todo. Por eso la espiritualidad es fundamento de la evolución de conciencia y al mismo tiempo es expresión.

La espiritualidad es conciencia de integridad y nos conduce a la búsqueda de bienestar común, en el sentido amplio de considerar todas las necesidades, no sólo las materiales, que si bien son importantes, son apenas unos elementos de la totalidad, necesarios pero insuficientes; también es incluyente en el sentido de considerar a los demás y a cualquier forma de vida. El bienestar material por sí sólo no dota de sentido a la existencia, pero sí se integra con la espiritualidad, entonces el bienestar adquiere un sentido amplio y profundo. Como experiencia inmediata y directa con el todo, nos trae paz, salud y bienestar; nos permite desplegar y nutrir lo mejor de uno, el desarrollo de la conciencia, como experiencia interna y vivencial e inherente a la naturaleza del ser humano. Nos permite ser mejores personas y ser felices en

cualquier situación y circunstancia que nos encontremos; expande potencialidades, despliega capacidades, pues incluye todas las dimensiones, posibilitando un mayor nivel de desarrollo.

La espiritualidad entendida así en su sentido más amplio, genuino y como ejercicio práctico, es la base de los valores esenciales y universales, como conciencia de pertenencia e identidad con una realidad trascendente. Las diferentes crisis por las cuales atravesamos, incluyendo la de los valores, son manifestaciones de la acentuada pobreza espiritual. Hace falta atender sus causas profundas, no sus síntomas, eso se ha hecho por más de tres siglos, con el pensamiento mecanicista y de fragmentación, pero hoy sabemos que somos totalidades interconectadas y dinámicas.

## Referencias

- Capra, Fritjof (1998). *El punto crucial*. Buenos Aires: Estaciones.
- Capra, Fritjof (2007). *El tao de la física y sus desafíos actuales*. Lima: Educap/EPLA.
- Grof, Stanislav (2003). *La evolución de la conciencia*. Barcelona: Kairós.
- Maslow, Abraham (2001). *El hombre autorrealizado*. Barcelona: Kairós.
- Maslow, Abraham (2001). *La personalidad creadora*. Barcelona: Kairós.
- Rousseau, Juan Jacobo (1979). *El contrato social*. Bogotá: Linotipo LTDA.
- Salgado, Román Juventina (2007). *Aprendiendo entre cuadernos, trompos y maíz*. México: Universidad Autónoma de Guerrero.
- White, John (1992). *Qué es la iluminación*. Barcelona: Kairós.
- White, John (2000). *La experiencia mística*. Barcelona: Kairós.
- Wilber, Ken (2001). *El ojo del espíritu*. Barcelona: Kairós.
- Wilber, Ken (2003). *La conciencia sin fronteras*. Barcelona: Kairós.
- Wilber, Ken (2006). *La pura conciencia de ser*. Barcelona: Kairós.



*Lecturas críticas del siglo XXI* se terminó de imprimir el 20 de junio de 2020, en los talleres de Ediciones Verbolibre, S.A. de C.V., Sur 23 núm. 242, Col. Leyes de Reforma 1ra sección, Deleg. Iztapalapa, Ciudad de México, C.P. 09310. Tel.: 5640-9185 <edicionesverbolibre@gmail.com>. Tiraje de 1,000 ejemplares.